



ROBERTO
AMPUERO

SONATA
DEL
OLVIDO

SUDAMERICANA

Índice

Cubierta

JUNTO AL RÍO. Primera parte

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32

VALPARAÍSO. Segunda parte

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
Créditos

A John y Virginia Stamler
por su amistad infinita

¡Quiero ser yo, ser yo!,
¡quiero vivir! —y le lloraba la voz.

De *Niebla*
Miguel de Unamuno

El demonio a mi lado acecha en tentaciones;
como un aire impalpable lo siento en torno mío;
lo respiro, lo siento quemando mis pulmones
de un culpable deseo con que, en vano, porfío.

De *La destrucción*
Charles Baudelaire

Pleased to meet you
Hope you guess my name
But what's puzzling you
Is the nature of my game.

De *Sympathy for the Devil*
Mick Jagger

JUNTO AL RÍO

Primera parte

1

Al regresar a casa una mañana descubrí que mi mujer dormía en nuestro lecho con un desconocido.

Soy músico, por eso suelo viajar parte del año tocando el saxofón en The Shades, una banda ambulante, que me brinda libertad y un pasar bastante digno. En verano recorreremos el norte y en invierno, el sur del país. Esa vez llegué desde Nueva Orleans a la terminal de autobuses Greyhound. Tomé un taxi y me dirigí a mi casa junto al río: techo asfáltico, dos pisos pintados de blanco, postigos verde botella. Hacía calor y estaba húmedo, y de un roble gorjeaba un cardenal.

Volver a casa me alegró como siempre. Abrí la puerta, caminé en puntillas hacia la cocina y al cabo de unos minutos tenía sobre la bandeja un latte con aroma a chicorea y unas *beignets* espolvoreadas con azúcar flor que compré en el legendario Café du Monde, a orillas del Misisipi. Seleccioné en el iPad «You belong to me», de Patsy Cline, y subí al segundo piso.

Al comienzo no reparé en nada inusual, puesto que las venecianas del cuarto mitigaban la claridad del día, y el monótono rumor del aire acondicionado contagiaba al hogar de tranquilidad.

Con la bandeja entre las manos, a dos pasos de la cama y aún emocionado por el retorno tras un mes de gira, caí en la cuenta de que alguien dormía junto a Samanta ocupando, por cierto, mi lado predilecto. Del radio del velador lle-

gaba una sonata de Beethoven, mientras ambos —me refiero a mi mujer y a su acompañante— dormían en la postura de cuchara, es decir, él con su vientre adosado al estupendo culo de Samanta y un brazo sobre su cadera, ella ajena al estupor que me causaba.

—¿Samanta? —susurré a su oído para no despertar al joven bronceado y barbudo que la acompañaba.

Mi mujer abrió lentamente los párpados, fijó sus ojos verdes en el radio como intentando identificar el concierto, luego se liberó con delicadeza del brazo del melencólico y, al percatarse de mi presencia, sin ningún miramiento, pudor ni turbación, se llevó un índice a los labios. Sí, tal como lo dije. Me conminó a mantenerme callado.

Y yo la obedecí. Su esbelto cuerpo de bailarina emergió desnudo de entre las sábanas como la Venus de Botticelli de las aguas y me condujo, con leve bamboleo de sus nalgas de más de cuatro décadas, al pasillo, donde se envolvió en un mantel de algodón que extrajo del armario.

2

Bajamos a la cocina, colé más café y lo vertí en la leche caliente como en un domingo cualquiera, como si estuviésemos a punto de comenzar a leer, ella el diario de Wartburg City, yo *The New York Times*, y no hubiese alguien roncando en nuestro dormitorio.

Samanta asumió la posición del loto sobre una silla y acogió la jarra entre las palmas con la solemnidad de quien bebe una pócima sagrada. Llevaba las uñas de los pies y las manos pintadas de negro, y a través de los pliegues del mantel pude atisbar, sin que ella se percatara, su otro magnífico par de labios, difuminados en la sombra triangular.

Me acodé en la mesa cuya ventana mira al río que serpentea por la ciudad, y esperé a que mi mujer dijera algo.

—Se va a quedar —fue cuanto dijo al rato, y apartó con una mano su cabellera para dejar al descubierto ese aguzado rostro de ojos claros que me encanta.

—¿Cómo? —fingí no haber escuchado.

—Que se va a quedar.

—¿Ese tipo?

—Tiene nombre.

—No me digas.

—Se llama León.

—Me da lo mismo. ¿Cómo que se va a quedar?

—Se va a quedar.

—¿Ah, sí? ¿Y yo?

—Tú te marchas.

Lo dijo tal como aquí lo relato, y luego sorbió el latte de la jarra de Barnes & Noble, que le obsequié hace años, cuando la librería recién abrió en la ciudad, y aún no existían los libros electrónicos.

—No puedes echarme —alegué.

—Te equivocas. Puedo hacerlo. Es mi casa.

—Pero es injusto. La amoblamos a medias.

—Está a mi nombre, me pertenece, así que quien se va eres tú.

—¿Por qué esta locura? —reclamé—. ¿Quién es él? ¿A qué se dedica?

—¿Vas a dártelas de mi confesor?

—No me digas que te enamoraste de un joven que podría ser tu hijo.

—Eso ya no es de tu incumbencia.

—¿Cómo que no? Estamos juntos desde hace casi veinte años.

—Como si fuesen cuarenta.

—Tu hijo es de su edad.

—¿Por qué solo los hombres tienen derecho a escoger a alguien más joven como pareja?

Revolví el latte mientras pensaba, no sin inquietud, que mi mujer, o quien había sido mi mujer hasta ese instante, siempre ha sido de armas tomar. Cuando la conocí era de las estudiantes que por la noche eran capaces de agradecerle a su pareja ocasional el orgasmo que había experimentado, para marcharse al día siguiente para siempre, sin decir adiós ni dejar nota alguna. No lo traigo a colación por despecho. Ella misma me lo contó alguna vez.

Es una mujer moderna e independiente, de ese tipo escaso que en materia sexual se asemeja al hombre, y al cual

tememos porque se vale de nuestras claves para asumir un papel que la historia le acepta a regañadientes.

—Hubo una época, en la sociedad primitiva, en que los dioses eran todas diosas, y la línea de descendencia se establecía a través de las mujeres, porque en la poliandria no había forma de saber quién era el padre de los bebés —me comentó una vez—. Lee a Engels.

—La promiscuidad de las cavernas —reclamé—. ¿A esa etapa te gustaría regresar?

—No es mala idea.

En fin. Volvamos a lo esencial: la casa estaba en efecto a su nombre, y si las cosas iban a ser como pintaban, no tendría más remedio que emprender la retirada.

Un desenlace de este tipo debí haberlo imaginado desde que la conocí en San Francisco. Tocábamos en el downtown, los transeúntes pasaban sin mostrarse altruistas, aunque disfrutaban ciertamente de nuestra música, y Samanta nos cautivó porque depositó un billete de cinco dólares en mi sombrero puesto en la vereda. ¡Cinco dólares, y estoy hablando de hace veinte años!

Y eso no fue todo: también compró un cd que grabamos en un garaje de Los Ángeles y, como si no bastara, esperó a que terminásemos de tocar para decirnos:

—Me gustaría unirme a ustedes. Sé cocinar vegetariano.

Sus ojos incendiaron mi alma. Me aceptó una cerveza en el barrio de Castro, allá en San Francisco, y esa noche terminamos encatrados en Mar Iguana, una residencial de mala muerte donde solíamos alojarnos con The Shade.

Así comenzó esto. Como en una película de Woody Allen. Y ahora Samanta me sorprende vertiendo —perdo-

nen lo siútico— hiel en mi boca. En rigor, Chet me lo advirtió entonces.

Chet es nuestro cantante, un calvo de Oregón, un sesentón de voz ronca y melodiosa como la de John Fogerty y una sabiduría que cosechó en la universidad de la vida. Entonces lo vaticinó: «Te sacaré de la calle para echarte a la calle de nuevo». Dicho y hecho. Chet era nuestra Casandra, un Kohelet, el Mister Doom de la banda. Pronosticaba azotes para la humanidad y, en mi caso al menos, y en el de parte de la humanidad, no erraba.

«¿Adónde iré?», me pregunté mientras recordaba la historia de Jan Stirlitz, un poeta mayor, nacido en Lituania, maestro del *community college* de Wartburg City, al cual un día su mujer, una polaca mucho menor que él, lo puso de patitas en la calle. Fue un drama. Nadie se apiadó de él ni le ofreció techo, excepto mi mujer y yo. Steve —el hijo que Samanta tuvo con un compañero de estudios— cedió a Stirlitz su cuartito junto a la cocina, y pasó a ocupar uno en el segundo piso.

Nos llevó semanas convencer al poeta de que tenía que marcharse, porque se sentía demasiado a gusto entre nosotros. No le quedó otra que largarse con sus pilchas y un atado de manuscritos a un motel de la carretera. Vivió allí hasta que tuvo la suerte de conseguir un carromato en el parque de tráileres a orillas del río, donde hoy vegeta entre desempleados, alcohólicos e inmigrantes, y escribe sonetos nada malos, por cierto.

Entonces pensé que la suerte de Stirlitz podía presagiar algo semejante para mí. Si Samanta me lanzaba a la calle, no era improbable que terminara en un tráiler, afrenta dolorosa para cualquiera.

—¿Y si no me marchó? —pregunté, sin afán de provocarla.

Samanta colocó el tazón sobre la mesa, alisó el mantel que la envolvía y subió al segundo piso sin decir palabra.

Afuera el sol comenzaba a afincarse con autoridad en el cielo azul de Wartburg City.

3

Esa misma noche le avisé a Jan Stirlitz que necesitaba conversar con él. Fui a verle al carromato.

El poeta está más viejo, olvidadizo y ególatra que nunca. En rigor, con los años Stirlitz se ha convertido en un megalómano. A lo mejor era un mecanismo de defensa, porque su joven y bella mujer lo había dejado por un siniestro inversionista ruso de cincuenta. Stirlitz, en cambio, rondaba entonces los setenta; daba manotazos de ahogado entre deudas y manuscritos inéditos, y de su atractivo solo sobrevivían sus ojos azules, que en otra época —según algunas mujeres— fueron seductores, pero que ahora contemplaban el mundo extenuados y sin brillo.

Subí los tres peldaños del carromato y el poeta me recibió bajo el alero de su vivienda, que constaba de dos habitaciones: una que le servía de dormitorio, con baño incluido, y otra que era todo lo demás, vale decir, comedor y living, estudio y cocina.

Stirlitz había recalentado una sopa Campbell de pollo con arroz, y unas Frankfurter a las que agregó mostaza y pepinos. Como rara vez bebía alcohol, tomamos agua de la llave. Le conté lo que me había pasado.

—Las mujeres son implacables —sentenció el poeta al final de mi relato.

Conversábamos bajo el alero; al frente casi todos los tráileres estaban a oscuras. De algunos llegaba música: una ranchera o una cítara aguda; de otros, disputas a gritos; y